

SEMBLANZA PERSONAL DE D. DOMINGO FLETCHER VALLS

Luis Silgo Gauche

Conocimos a D. Domingo en 1984, dos años después de su jubilación como director del Servicio de Investigación Prehistórica y su museo. Por entonces iba todos los días al SIP, como había hecho durante su vida adulta, y se sentaba en una mesa aparte en la biblioteca, único servicio que tuvo ocasión de instalar tras el traslado del SIP al edificio de la Beneficiencia desde el de la Diputación. A pesar de su edad se mostraba sorprendentemente en forma, a pesar de sufrir una bronquitis adquirida durante la guerra y que le impedía dormir normalmente por las acneas, durmiendo poquísimos lo que redundaba en mayor tiempo para el trabajo. Por entonces el SIP y la persona de D. Domingo eran inseparables.

Hay que señalar que D. Domingo huía de todo personalismo. El se consideraba un funcionario que cobraba del pueblo valenciano y que procuraba hacer su trabajo lo mejor posible. También consideraba el SIP como un todo. No cabía hablar de “mis excavaciones” o “mis hallazgos”, el trabajo del SIP era conjunto y, como ya lo hemos dicho, financiado por el pueblo valenciano que hacía posible esos trabajos y a quien se debían los funcionarios que trabajaban en ese “Servicio”. De la misma manera mantuvo una honestidad inmaculada, tanto ante los gastos del Servicio como en su selección de personal. En todos los sentidos era lo contrario a las corruptelas, por desgracia tan abundantes, del mundo académico.

Tampoco ocultaba sus hallazgos, como han hecho algunos prehistoriadores para dar mayor importancia a los hallazgos hasta haber agotado sus posibilidades, por el contrario D. Domingo se apresuraba a comunicar los nuevos descubrimientos a los numerosos arqueólogos nacionales y extranjeros con los que mantenía correspondencia. Toda la actividad del SIP y su museo cada año era recogida con una exhaustividad casi exasperante en las memorias que el SIP entregaba para la memoria anual de la Diputación, y que se convertiría en una publicación aparte con el nombre de “La labor del SIP y su museo el pasado año de (y el año correspondiente)”.

Las otras dos publicaciones del SIP eran el “Archivo de Prehistoria Levantina”, donde se publicaban artículos, y las monografías que se publicaban en los “Trabajos Varios del SIP”. No es preciso recordar que todo el trabajo de edición, corrección de erratas e índices corrían a cargo de D. Domingo y Enrique Pla.

D. Domingo heredó una biblioteca muy pobre. Siendo como era exhaustivo en la bibliografía de sus propios trabajos, se esforzó en contar con una biblioteca notable, nutrida a través de intercambios y donaciones. Cuando se jubiló la biblioteca era una de las más importantes de Prehistoria y Arqueología de España junto a la del Instituto Arqueológico Alemán en Madrid.

EL SIP contaba en plantilla solamente con dos arqueólogos, D. Domingo y Enrique Pla, al que se uniría el dinámico y trabajador José Aparicio Pérez. Sin embargo había un buen número de colaboradores que informaban de nuevos hallazgos. Todo aficionado a la arqueología encontraba buena acogida, lo que creaba un ambiente de confianza, y los aficionados a la arqueología con frecuencia donaban sus hallazgos o daban noticias de nuevos yacimientos que eran a continuación prospectados o excavados, con magníficos resultados. En las salas del museo, conforme se licenciaban nuevos arqueólogos, hubo animadas conversaciones, cambiándose información, lo que resultaba muy provechoso a los estudiantes, aficionados o licenciados. D. Domingo proporcionaba la dirección de excavaciones o sus propias fichas bibliográficas a los jóvenes licenciados, de forma que estos pudieran hacer carrera.

D. Domingo no agotó los yacimientos. Siempre dejó una parte sin excavar para que fueran excavados cuando hubiera técnicas más eficientes de excavación, lo que en efecto ocurrió a partir de la década aproximada de los años setenta.

Tenía un “sexto sentido” de arqueólogo: la experiencia de una sociedad pre-industrial y un sólido sentido común le permitían hacerse una buena idea de las circunstancias y modos de vida de nuestros antepasados.

El trabajo de D. Domingo fue calificado con razón como “el de hormigueta”. Siempre trabajando hasta altas horas de la noche confeccionaba los inventarios de los materiales de los hallazgos, siglaba las piezas, cuidaba el museo, tomaba notas de lo leído y recopilaba toda la información posible que, como ya hemos dicho, era consultada con frecuencia por otros arqueólogos. Llegaba a redactar las fichas de la biblioteca hasta que se tuvo bibliotecaria y aún preparó paquetes para los intercambios de publicaciones. Siempre con la ayuda de D. Enrique Pla. Su trabajo era siempre ordenadísimo y meticulosísimo.

Con el tiempo, al licenciarse nuevos especialistas estos acudían al museo donde se entablaban animadas conversaciones, donde se transmitían noticias e informaciones. Don Domingo, para que los nuevos arqueólogos hicieran carrera, les confiaba la dirección de nuevas excavaciones o les confiaba sus propias fichas bibliográficas.

Otras de sus iniciativas, al principio con poco éxito, fue la de crear museos locales. Con esto se difundía la cultura y el museo se descargaba de su abultado almacén.

D. Domingo era consciente que era poquísimo lo que en realidad podía asegurarse como averiguado. De ahí que titulase una de sus obras principales como “Problemas de la cultura ibérica”.

Ya mayor esparcía a su alrededor un ambiente de decoro y seriedad, compatible con el buen humor que de veces hacía gala. Nadie le apeaba el tratamiento excepto su familia y algunos antiguos amigos que lo trataban simplemente como “Domingo”. Era un caballero que vestía siempre de traje y corbata y con un toque de colonia. Tanto era el uso que se hacía del “don” que en una cita bibliográfica de un extranjero se le llamó “Fletcher, Don”, creyendo que el “don” era su nombre. Gozaba del respeto de todos.

En cuanto a sus propias opiniones D. Domingo fue siempre ardiente valencianista, y por ello español. Cuando le conocimos, en 1984, habían quedado muy atrás las ideas izquierdistas de su juventud. Se había hecho franquista y valoraba los éxitos del Régimen. No votó la constitución de 1978 y consideraba que la democracia era un “engañabobos”; tampoco era partidario de las autonomías y ponía como ejemplo la región valenciana

que no había necesitada la autonomía a través de los siglos para conservar su personalidad. Adversario decidido del pancatalanismo conocía bien sus tretas así como las de los partidos de izquierda, a los que menospreciaba. Católico sin “beaterías” D. Domingo se mostraba en sus comentarios como un auténtico “reaccionario” contrario a las modas y situaciones de la nueva época. Rechazaba todo el arte moderno, desde Picasso a Dalí, y fue opuesto a las exhibiciones del IVAM a las cuales ridiculizaba (con razón, aunque no lo fuese con Dalí). Sin embargo daba un trato exquisito a las personas con las que entraba en contacto y que tenían ideas distintas a las suyas. Su antipancatalanismo le enfrentó en multitud de discusiones con Enrique Pla sin que por ello se deteriorase su aprecio personal.

D. Domingo tuvo una fuerte personalidad, pero raramente lo demostró, lo que se podía advertir inmediatamente era su gran bondad y respeto hacia los demás.

El campo en que D. Domingo fue más conocido es el de la epigrafía ibérica. Su maestro en esta materia fue D. Pío Beltrán Villagrasa, padre de Antonio Beltrán Martínez. D. Domingo tuvo conocimiento de la epigrafía ibérica desde su incorporación al SIP. En 1953 publicó su “Inscripciones ibéricas del museo de Prehistoria”. La mayor parte de estas inscripciones, con mucho, eran las pintadas sobre cerámica procedentes de San Miguel de Liria. No fue hasta 1967, con la aparición del plomo de El Solaig, que comenzó una nueva etapa con la aparición regular de nuevas inscripciones, que continua hasta hoy. Hubo descubrimientos de gran importancia, como los plomos de Orlely, los del Pico de los Ajos o los de Los Villares de Caudete de las Fuentes, entre otros.

Don Domingo jamás pensó en traducir la lengua ibérica. Procuraba difundir las nuevas inscripciones todo lo posible para que otros investigadores lo hicieran. Una faceta de su carácter era que acogía con simpatía a los “traductores” de la lengua ibérica. D. Domingo era consciente tanto de la falta de formación como de la imaginación fantástica de estos traductores. Pero esto no le impedía mantener con ellos una correspondencia regular y mantener la simpatía con ellos. De hecho les tomaba en cuenta para sus publicaciones. Cuando uno de estos “traductores” le pedía su opinión sobre las “traducciones” D. Domingo tenía la respuesta: “no puedo contestar porque no soy filólogo”.

D. Domingo se jubiló en 1982 y fue nombrado director honorario del SIP. Fue en esta época, hasta su fallecimiento, polo de referencia de los hallazgos epigráficos. Siempre en contacto con Jürgen Untermann a quien

consideraba, con razón, un sabio. Sin embargo en cuestiones concretas de epigrafía fue el primer iberista sin discusión, y a él acudían todos los que querían saber algo sobre ibérico. Esta fue el único campo de investigación al que se dedicó desde su jubilación hasta su fallecimiento en 1995.

Presintió su fallecimiento, que tuvo lugar el 31 de agosto de 1995. Con antelación desde el año anterior había ido regalando sus fichas bibliográficas y cediendo al SIP su biblioteca particular, siempre anotándolo todo y por duplicado, para no sufrir equivocaciones.

Su figura, la de un gran valenciano y español que dejó un ingente legado a las generaciones posteriores, quedará grabada indeleblemente entre todos aquellos que lo conocimos y tratamos.

